

LA SOLEDAD DEL PSICOANALISTA *

MARCOS LIJTENSTEIN

“La transferencia crea así una zona intermedia entre la enfermedad y la vida y a través de esta zona va teniendo efecto la transición desde la primera a la segunda” (“Recuerdo, Repetición y Elaboración”, 1914)

FREUD

1. Ese analizando estudia, en una obra, temas de la disciplina en la que se especializa. Amplía en un segundo tratado. Pero los respectivos autores utilizan escalas diferentes. No tiene más que recurrir a un tercer libro, que contiene las tablas de equivalencias.

En esta serie todo parece completo: lo que no está en un sitio se encuentra en el siguiente y las faltas de correspondencia se resuelven en el próximo.

Esto es muy seguro. Basta con querer estudiar y el paciente ahora lo quiere. (Sólo experimenta dificultades cuando —en la ciencia que lo ocupa— tiene que encarar los problemas de “la transferencia de calor”, que justo siempre surgen en la relación con el analista...)

Antes —durante años— no podía estudiar. El análisis le aportó la ventaja-inconveniente de poder hacerlo. Ya que, si puede esto ha de poder otras realizaciones que tienen que ver con sus metas concientes, como es el caso de independizarse de FREUD su familia de origen —vale decir, de sus nexos filiales— consolidando en cambio la familia que ha constituido —la pareja, la paternidad— (sin que sean claro, sus únicas metas).

* Versión ampliada del trabajo leído en el XIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Rio de Janeiro.

Entonces descubre algo muy terrible: estas otras posibilidades no están fuera de él, escritas ya. Este “libro” es un borrador que él tendrá que aclarar, que no se sabe cómo va a salir y cuyo desenvolvimiento enseguida le evocará su antiguo problema de magnitudes, para el que no sabe encontrar correspondencias: ahora, en la nueva versión, él quiere persistir chico entre los grandes; no quiere agrandarse mientras los grandes de antes se van achicando con el paso de los años. A lo más, se acepta adolescente, en aquella adolescencia artística en la que dejaba sus obras inconclusas; nadie podía tener un juicio adverso, desde que la obra no estaba terminada y, en cambio, todos podían alimentar la expectativa de su admirable final.

La neurosis no dejó ver obras concluidas —con un final, a secas—. Y ahora, los mil rostros de la resistencia no tardan en auxiliarlo con una casi acabada, intelectual, compulsiva operación: si volver a estudiar ha sido un fruto del proceso analítico, pasa a poner su empeño en utilizar el fruto contra el árbol. Ya no hace falta el análisis; ahora que puede, sólo se trata de estudiar, sin resquicios, tratando de sustraerse a las voces externas y los reclamos internos que se filtran por entre la menos tupida trama de la defensa.

II. Estoy sentado. Escucho con esa que parece distracción, a la cual nos familiariza el dejarnos penetrar por lo que el analizando va diciendo. (Es distracción con respecto a aquello que atenderíamos ante todo —si no únicamente— fuera de la situación de análisis.) Aquí, a quien escuchamos le hemos propuesto desde el principio —y no le será fácil cumplirlo— que no elija lo que nos ha de decir; que, al contrario, se deje elegir, se deje llevar.

No es el tiempo de hablar. Me encuentro a gusto, sin el apuro de entender: con ese jugar a lo impensado, en ese suspenso benévolo en el que se nos van refractando —desarticulándose— las posibilidades de fascinación o las organizaciones bien trabadas, o las extravagancias, que vienen del que habla. Sin juzgar, esperamos eso, lo que podrá llegarnos si conseguimos no estar al acecho.

De súbito, un sobresalto me aleja de esa comunidad. Desde mi asiento, tengo a la vista una biblioteca: en dos estantes contiene, apretados, los gruesos volúmenes encuadernados de una Enciclopedia (algo así como la pretensión de que, desde la “A” hasta la “Z”, se encierra allí todo el saber del

mundo).

Había olvidado-que antes de empezar a trabajar saqué de aquella un tomo.

Todo duró un instante: el hueco entre los libros en vertiginoso enlace con el recuerdo del motivo de que existiera. Y estaba oyendo de nuevo, seguramente de otro modo, por lo que acababa de sucederme.

Evoco, con el episodio, la observación de Freud (1922): “Lo que despierta horror en uno mismo, también ha de producir idéntico efecto sobre el enemigo al que queremos rechazar. Todavía en Rabelais podemos leer cómo el Diablo emprende la fuga cuando la mujer le muestra su vulva”. (Cf. “La cabeza de Medusa”.)

III. En la prolongación de los tratamientos también puede estar en juego la dificultad de separación del analista respecto del analizando. (1)

En este caso se pasaría por alto aquella sutil observación de Hans Sachs que recoge Freud (al final de *“La interpretación de los sueños”*), según la cual “no deberemos extrañarnos si lo que creímos un monstruo, al verlo con el cristal de aumento del análisis, se nos muestra ser un infusorio”. (Lo que — mutatis mutandis— nos lleva a correr el riesgo de distraemos pasando por alto a los monstruos que sí los hay).

Un analizando bien puede hacernos el don de una fobia —que parecerá abandonada— a trueque de una filia. Los síntomas ceden, con tal de permanecer bajo el ala de nuestra protección. Subterfugio para pretender que ahora sí se entra en el verdadero análisis, en la aventura compartida, en el afán de conocimiento, en el coloquio socrático, en las profundidades...

Se dirá que esto es historia superada, que el análisis precisamente descarta la sugestión: que los vínculos paterno-filiales y, más tarde, los que entrelazan la relación del candidato con su analista de formación, con sus analistas docentes, con sus analistas supervisores, con sus colegas, son drenados con rigor.

Sin embargo, no sólo el analizando está condenado a repetir lo que no recuerda. El analista puede perder de vista que no todo lo que pasa en el análisis es análisis. De tantos riesgos que pesan sobre el encuadre — perversión, ritualización, fascinación, evitación de las emergencias psicóticas— pretendemos aislar aquí los que pueden traducirse en un juego protector centrado en la persistencia, en el analista, de la necesidad neurótica de vivir protegido: en ese sentido, protegiéndose con sus analizandos (que es, al cabo,

protegerse *de* sus analizandos). Es, pues, este específico “baluarte” (2) el que quisiéramos traer a la discusión.

Así como múltiples horas de “aquí-ahora-conmigo” podrían deformar al analista en la creencia de que es el ombligo de sus analizandos, cuando en todo caso es el punto de convergencia de los problemas umbilicales que ellos repiten, también la neutralidad (3) y la suspensión del juicio podrían llevarnos —insensiblemente— a esclerosar la capacidad de pensar y de juzgar: ante todo sobre lo que pasa en la sesión, cuando cabe tomar perspectiva fuera de la misma, confrontando teorías, esquemas de referencia y clínica. Un paso más y otro y otro para dejar de pensar, de sentir, de hacer en cualquier otro terreno de los que la vida propone. Con lo que la misma flor analítica se agostará en ese territorio personal yermo.

Cuánto más fácil —frente a tanto riesgo— encerrarnos en la convicción de que el paciente nos necesita. Sólo que la noble convicción puede también volverse una racionalizadora convicción.

No puede un analista bajar la guardia frente a estos centros ilusorios de poder: si nos dejamos atrapar acabaremos asfixiados de nosotros mismos, esto es, de narcisismo.

También hay que estimar el peso de las modas. Sería elitista desdeñarlas, no tomarlas en consideración. Algo reflejan, incontenible y poderoso. Sabemos que hay centros reguladores que las promueven y las aprovechan. Las ideas no escapan a las modas. Ni las contra-ideas.

La entrega a la moda también es un recurso que nos salva de la soledad. No podemos, en consecuencia, dejar de preguntarnos en qué medida somos analistas a la moda.

Que el psicoanálisis y tal o cual analista estén de moda: he aquí que podemos estar ante signos auspiciosos. Si, pareja-mente, los vemos como fenómenos inquietantes.

En una carta a Jung (19.IX.1907), a propósito de los contratiempos sufridos por el psicoanálisis en un congreso médico internacional, le manifiesta Freud que los acontecimientos que aquél le describiera en una correspondencia, no consiguieron deprimirlo: “En lo que a mí respecta, ha aumentado mi respeto por

el psicoanálisis pues estaba a punto de decirme: ¿Cómo? ¿Ya nos hemos ganado el mundo tan sólo con diez años de lucha? Entonces, estábamos equivocados. Los últimos sucesos me han hecho recuperar la fe (...).“

Teorizar es también un recurso para no estar solos. Nos ligamos a una comunidad. Sobran motivos para justificar lo indispensable del trabajo teórico. Sin embargo, la continuidad más o menos lograda de sus proposiciones, no debe hacernos saltar la evidencia de que constituyen un conjunto discontinuo respecto de lo que se trata de elucidar. En otros términos: estamos conjurando a un ausente.

Por eso nos hemos planteado en otro escrito: “El teorizar —contemplar y volver inteligible— pasa por una prueba de fuego: la consecuencia, o la inconsecuencia, con el quemante descubrimiento de la castración. Sería paradójal (sin dejar de ser comprensible) que se intentara explicar la renegación en una teoría tan presunta y presuntuosamente completa y definitiva, que renegara de su propio hallazgo.” (4)

Enlazamos —así— soledad y castración. Para proponer la reflexión que tome en cuenta la patología frente a la soledad y, por otra parte, la soledad como condición productiva de disfrute creador. (5)

Por eso intentamos retomar una discusión que otros colegas han suscitado. (6) Se centra, no en el uso inconciente que el analizando puede pretender rehacer del análisis y de su vínculo con el analista, sino, a la inversa, en el analista. Su expresión clínica apuntaría al análisis de los fenómenos contratransferenciales y a los signos de evitación de la angustia ligada a las modalidades fóbicas. De la vivencia preconciente-conciente de soledad, nos veríamos conducidos a la problemática inconciente del narcisismo (fomentando la auto-idealización) en el cuadro de las medidas tendientes a conjurar la angustia de castración

IV. Nosotros —analistas— con nuestros libros, nuestro Edipo, nuestras representaciones angustiosas de la castración (para volver al analizando y al analista evocados al comienzo), podemos hacer del encuadre —con el que es conveniente cumplir— y de la conflictiva que se despliega a nuestra atención, “sabios” escudos que destaquen las formas y los colores de nuestras ilusiones.

Desde luego, está a nuestro alcance el reanálisis. Pero no tiene por qué excusarnos de una suerte de co-análisis, que en-nada borra la condición

asimétrica del campo que establecemos para el quehacer analítico. Como una forma privilegiada y transformadora de cuestionarnos, desde nuestras posibilidades y nuestros límites. (7) Dejarnos suscitar psicoanalíticamente es intentar una mirada radical que no excluye otras fuentes de problematización y de respuesta; (8) pero que reconoce a aquella la extraña singularidad del esquivo descubrimiento de lo in-conciente: embarcándonos en la compleja tarea de volvernos sencillos.

NOTAS

1) Arbiser, A. *“El análisis interminable: una consecuencia de la neurosis de contra-transferencia.”* (XI Congr. Psicoan. Latinoam. Ed. A.P.A., Bs.As., 1976).

2) La noción de “baluarte” evitativo que encontramos expuesta en el trabajo de M. y W. Baranger *“La situación analítica como campo dinámico”* (1961-62), es desarrollada por ambos autores en *“El ‘insight’ en la situación analítica”* (1964): si no se produce complicidad de parte del analista, cabe hablar de “resistencia”. Es cuando se comunican inconcientemente entre sí y operan juntas la resistencia del analizando y la contrarresistencia del analista, que estamos frente a un baluarte dentro del campo (un sector del mismo se cristaliza). En: W. y M. Baranger: *“Problemas del campo psicoanalítico”* Ed. Kargieman, Bs. As., 1969.

3) Laplanche y Pontalis destacan que “la exigencia de neutralidad es estrictamente relativa a la cura: constituye una recomendación técnica. Ella no implica ni garantiza una soberana ‘objetividad’ de quien ejerce el oficio de psicoanalista. La neutralidad no califica a la persona real del analista sino su función (...): (el analista no debería) intervenir en tanto que individualidad psico-social; se trata evidentemente de una exigencia límite”. Recuerdan que, a consecuencia de su neutralidad, se impone al analista la abstinencia Como regla (Cf. *“Vocabulaire de la Psychanalyse”*, PUF., París, 1968).

W. Baranger (1956) ha planteado la paradoja de la necesidad y de la no aplicabilidad de la regla de la abstención ideológica. Postulando el análisis de las ideologías, nos limitamos a recordar —por la afinidad con nuestro propósito—, que llama la atención sobre la relación semántica “nada fortuita” de “ideología” e “idealización” (Cf. *“Interpretación e Ideología”*).

En: *Problemas del campo psicoanalítico*, cit. en 2.

En “*La enfermedad infantil del psicoanálisis*” al considerar las relaciones entre los psicoanalistas, sus grupos y las ideologías psicoanalíticas, se refieren W. Baranger y H. Garbarino (1960) a los efectos disociativos de la inevitable desidealización, cuando ésta se torna patológica y entraña procesos más o menos radicales de desilusión. Es un aporte —desde la perspectiva grupal— al esclarecimiento de las vicisitudes en la relación entre la ideología analítica como objeto valorado y su desidealización (III Congr. Psicoan. Latinoam., Santiago de Chile, 1960. En: *Rev. de Psicoan.*, Núm. Extraord., Vol. XVIII, Bs. As., 1961).

4) Lijtenstein, M. “*Sobre la noción de teoría en psicoanálisis*”, *Rev. Urug. de Psicoan.*, t. XIV, Parte 3, Montevideo, 1976.

5) Freud (1926) ha visto en la fobia a la soledad un recurso “que en el fondo trata de evitar la tentación del vicio solitario” (Cf. “*Inhibición, síntoma y angustia*”; Cap. VII)

Abraham (1908) se refiere al paciente cuya libido se ha apartado de los objetos (“se encuentra solo y enfrenta a un mundo que le es hostil”). Su “sobreestimación sexual está dirigida hacia él solamente y asume enormes dimensiones”. (Cf. “*Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz*”). A propósito del narcisismo, la envidia y la rebeldía contra el padre, en pacientes principalmente neurótico-obsesivos (Cf. “*Una forma particular de resistencia neurótica contra el método psicoanalítico*”, 1919), se refiere a una particular actitud defensiva que adopta la apariencia de un “autoanálisis”: “La necesidad de estar solos durante ese proceso, lo aproxima extraordinariamente al onanismo y a su equivalente, el sueño diurno neurótico (...)”. Este sustituto masturbatorio queda para ellos “libre de todo reproche, dado que se lo justifica y aun prescribe, con una fundamentación terapéutica”. En: “*Psicoanálisis clínico*”, Ed. Hormé, Bs. As., 1959.

En cambio podemos encontrar un examen de la vertiente positiva de la soledad en “*La capacidad para estar solo*”(1958), de D. W. Winnicott (Rey, de *Psicoan.*, T. XVI, No. 2, Bs. As., 1959).

Se basa en que esta capacidad es uno de los más importantes rasgos de madurez en el desarrollo emocional. Dicha capacidad es, bien un fenómeno

altamente sofisticado, que puede producirse en el desarrollo de un individuo después del establecimiento de las relaciones entre tres, o bien un fenómeno de la vida temprana —en el que se basa la construcción de la soledad sofisticada—. La adquisición de esta capacidad se basa en una paradoja: es la experiencia de estar solo mientras otra persona se encuentra presente —estar solo, como una criatura o un niño pequeño en presencia de la madre—. Se trata de una relación del yo. Lo prefiere a relación del ello, que es una complicación periódica en la vida del yo. La capacidad de un individuo para estar solo, depende de su habilidad (o aceptación) para manejar los sentimientos provocados por la escena primaria. En términos kleinianos, la capacidad para estar solo depende de la existencia de un objeto bueno en la realidad psíquica del individuo (pecho interno bueno, o pene, o buenas relaciones internas). Ahora bien, la experiencia de estar solo en presencia de alguien (base de la capacidad más sofisticada) puede tener lugar en una etapa muy temprana, cuando la falta de madurez del yo está naturalmente equilibrada por el apoyo del yo por parte de la madre. En el transcurso del tiempo el individuo introyecta la madre-sostén-del-yo y de esta manera llega a ser capaz de estar solo sin alusión frecuente a la madre o símbolo materno (cuna, cochecito, atmósfera general del ambiente inmediato). Este disfrutar de la soledad puede representarse clínicamente por silencio en la sesión, el cual, lejos de ser la evidencia de una resistencia, resulta ser un logro por parte del paciente.

Melanie Klein (1963) encara los aspectos normales y patológicos en “*Sobre el sentimiento de soledad*” (Ed. Hormé. Bs. As., 1968).

Se trata del estado de soledad interna, producto del anhelo omnipresente de un inalcanzable estado interno perfecto. Proviene de ansiedades paranoides y depresivas. Postula que, incluso en el mejor de los casos, la relación placentera con la madre y su pecho será afectada de inseguridad paranoide (madre y pecho persecutorios en virtud de la proyección de violentos impulsos destructivos). Esta inseguridad paranoide (en pleno apogeo durante los tres primeros meses: período de la posición esquizo-paranoide) es una de las causas esenciales de la soledad. La ansiedad persecutoria —a la que se vincula la correspondiente inseguridad— resulta del conflicto entre los instintos de vida y de muerte, al que se suma la experiencia del nacimiento. Con la posición depresiva —primera mitad del primer año de vida— el yo se encuentra

más integrado, capaz de relacionarse con una persona total. El reemplazo de la ansiedad paranoide por la depresiva se acompaña de nuevos problemas. Existe un conflicto entre la búsqueda de la integración —como protección contra los impulsos destructivos que amenacen al objeto bueno y a las partes buenas del self—. Esto genera sentimientos de soledad y abandono frente a una parte mala del self. Se incrementa el proceso frente a la actuación de un superyó cruel. M. Klein examina los factores que normalmente mitigan la soledad: la fortaleza innata del yo; la disminución de la omnipotencia y la mayor adaptación a la realidad; la internalización exitosa del primer objeto (la identificación introyectiva y la proyectiva cuando no son excesivas); el goce, la gratitud, la creatividad, cierta medida de resignación, la capacidad —a pesar de cierta dosis de envidia y celos— de identificarse con el placer de las gratificaciones de otros. Pero los factores que mitigan la soledad también pueden constituirse en defensas Contra su vivencia: la dependencia, la huida hacia el objeto interno (en la temprana infancia, la gratificación alucinatoria), la idealización del pasado (en la vejez), la del futuro (en los jóvenes), la necesidad de valoración, la omnipotencia, la negación. Si resulta tan difícil determinar la importancia relativa de las influencias internas y externas como agentes de la soledad, ello se debe a que en la vida men-tal se produce una constante interacción entre unos y otros factores, basada en los procesos de proyección e introyección, los cuales inauguran las relaciones objetales. “Para concluir, formularé nuevamente mi hipótesis de que, si bien las influencias externas pueden llegar a reducir o a intensificar la soledad, ésta nunca logra eliminarse por completo, en razón de que la tendencia a la integración y el dolor que se experimenta durante el proceso de la integración, dimanar de principios internos que siguen ejerciendo su influjo durante toda la vida.”

W.R.Bion (1963) en el capítulo IV de *“Elementos de Psicoanálisis”* (Ed. Hormé, Bs. As., 1966), se refiere a la importancia del aislamiento esencial en la cooperación analítica, que se vincula al sentido de responsabilidad. “La sensación de soledad parece relacionarse con un sentimiento que en el objeto de la indagación se da en términos de que se lo está abandonando y en el sujeto que indaga, en términos de que se está separando de la fuente o base de la cual depende para su existencia.” El autor resume así sus ideas: “La separación solo puede ser lograda a expensas de sentimientos dolorosos de soledad y abandono experimentados: 1) por la herencia mental animal primitiva

de la cual se efectúa la separación y 2) por los aspectos de la personalidad que logran separarse del objeto de indagación que es experimentado como indiferenciable de la fuente de su viabilidad. El aparentemente abandonado objeto de indagación es la mente primitiva y la capacidad social primitiva del individuo como animal político o grupal. La personalidad 'separada' es en un sentido nueva en su trabajo y debe recurrir a tareas que difieren de aquellas a las cuales sus componentes están más usualmente adaptados, especialmente el examen del ambiente excluyendo al self; parte del precio que hay que pagar está dado por un sentimiento de inseguridad."

6) M. Abadi se refiere al dilema de trabajar como profesional, viviendo en la aceptación de los valores corrientes, o trabajar y vivir integralmente como psicoanalista. También considera el dilema de descubrir como científico el Edipo desde el plano del espectador "objetivo", con una distancia que puede fomentar una perniciosa idealización del psicoanálisis y del psicoanalista, y ser protagonista del Edipo, comprometiéndose en las vicisitudes humanas.

En forma complementaria, plantea las relaciones del psicoanálisis con el mundo científico y social, previniendo contra el enquistamiento defensivo de la teoría y la práctica, contra el sistema rígido que se pretende conservar inmutable, conspirando "en contra de la naturaleza misma del psicoanálisis". Es el psicoanálisis no hermético el que podrá reaccionar sobre el mundo. (Cf. *"El dilema del psicoanalista"* y *"Hacia un psicoanálisis abierto"*.

III Congr. Psicoan. Latinoam. Santiago de Chile, 1960, En: Rev. de Psicoan., Núm. Extraord., Vol. XVIII, Bs. As., 1961).

7) M. Nieto Grove en *"De la técnica analítica y las palabras"* (Rev. Urug. de Psicoan., T. XII, No.3, Montevideo, 1970) escribe: "El duelo a que el análisis enfrenta (...) el de la forja de la propia identidad: nace una persona" (...). "Es parte de un saber doloroso en que se reconoce simultáneamente uno mismo, la propia contingencia y la esencial incompletud (...)".. "Identificarse como uno y distinto (...) es hacerse cargo de la propia vida y de la propia muerte."

"Por este proceso se accede a la comunicación que requiere la alteridad, ya que hablar de veras, es hablar con otro."

"¿Cuál es la reparación que realmente puede producirse en el análisis? Es la de restitución de la integridad del pensar, de su veracidad: que donde había un

saber distorsionado, se alcance una conciencia veraz.”

8) M. Baranger, W. Baranger, A. Campo, J. M. Mom, postulan como “imprescindible mantener el punto de impacto autónomo del pensamiento analítico sobre la cultura”.

En el mismo sentido, entienden que se podría concluir “que una dirección de la lucha como analistas incluyendo el plano social, sería la de saber seguir siendo analista y admitir que esto es tan difícil como llegar a serlo”. Se requiere mantener una disociación útil que permita y preserve un permanente sentido no conformista, cuestionador (comprendiendo tanto la teoría psicoanalítica, como las relaciones con el medio y las corrientes que a éste se oponen). (Cf. *“Corrientes actuales en el pensamiento psicoanalítico”*, VIII Cong. Psicoan. Latinoam., Porto Alegre, Brasil, 1970, Ed. Soc. Psicoan. de P. Alegre).